

LAS PUERTAS ESTÁN CERRADAS

Jn. 20, 19-31

Las puertas están cerradas, pero Jesús no las necesita para hacerse presente. Al Jesús resucitado ya no se lo puede ver ni sujetar como antes, sin embargo, su presencia es muy real y concreta. **Es personal.** Sus manos, sus llagas, son la prueba de que es el mismo que padeció y murió en la cruz por ellos, por nosotros.

Los discípulos que allí están, a puertas cerradas, son cristianos comunes, con sentimientos comunes, **como los nuestros**, como los que hoy se nos presentan en este contexto de pandemia. Temor a sufrir, a la cruz, al fracaso, a los rechazos, a las humillaciones, a no destacar como discípulo amado. A todos se les manifestó Jesús transformando el interior de cada uno, y podemos percibir ese momento en que lo reconocen a Jesús **presente entre ellos**, y se llenan de alegría. El miedo, el temor, se convierten en paz, en gozo, en deseos de perdón, en misión..., **en envío.**

Tomás no estaba presente. En él se representa al discípulo en crisis, que se ha alejado de la comunidad. Su ausencia coincide con su escepticismo y su falta de fe. En su alejamiento Tomás pareciera culpar a Jesús, de su falta de fe, pues no obró como él esperaba que lo hiciera. Seguramente está enojado y mientras más tiempo pasa, más triste, solo y vacío se siente. Entonces decide volver, posiblemente no por la fe, sino por el afecto a sus compañeros y amigos. Tomás se encuentra con el Señor cuando vuelve al seno de la comunidad. Y como siempre, es Jesús el que va a su encuentro, le comunica su paz y se pone a su disposición para que vuelva a abrir sus llagas.

Jesús confiaba en que volvería. Sabía que detrás de su rebeldía y desconfianza hay un hombre bueno, pero que tiene miedo de creer y sentirse desilusionado. Jesús sabe que Tomás también lo quiere, aunque no termina de entender y aceptar sus caminos.

Como nosotros, Tomás, necesitaba descubrir sus anhelos más hondos, para reconciliarse con su fe, reencontrarse con Jesús y aceptar su envío. Consigo mismo, con su impaciencia y con la humildad del reino era con lo que Tomás necesitaba reconciliarse. Jesús lo sabía. Lo esperó y ante el primer atisbo de deseo, ¡salió a su encuentro!

También a nosotros quiere manifestarse. A cada uno se nos quiere acercar en el momento oportuno, de una manera única y singular.

¿Cómo están las puertas de mi alma? ¿Cuáles son mis propios miedos, mis encierros? ¿Cómo se manifiestan mis propias desconfianzas y escepticismos? ¿Los vivo a solas, a espaldas del Señor o busco compartirlos con él? ¿Busco a Jesús resucitado? ¿Vivo intentando transmitir que es verdad?, ¿qué él está vivo? **¿Qué he visto al Señor?**

Oficina Red Mundial de Oración del Papa
Argentina – Uruguay

Apuntes de “Meditaciones con el Evangelio de San Juan” – Gonzalo Zarazaga, sj